

## Pedro Arrupe, SJ En las manos de Dios (Guía 10ª)

*«Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios.*

*Eso es lo que he deseado toda mi vida, desde joven.*

*Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora.*

*Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor.*

*Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia.»*

### **Ha muerto un profeta**

Acaba de morir el padre Arrupe. Se esperaba, o se temía. Como se espera, o se teme la muerte de los profetas. En realidad, muerto ya hace cuatro años y medio para la profecía hablada, venía consumiendo misteriosamente su camino en el silencioso gesto profético de la sonrisa y de la bondad. «Soy un pobre hombre», se le entendía (casi lo único que se le entendía) decir de continuo.

Trabajado artesanalmente a golpe de experiencia de Dios en el taller ignaciano de los Ejercicios Espirituales y en el horno del misterio de todos los misterios, la Encarnación, el «hagamos redención del género humano» se le clavó definitivamente ya en el temprano 1926, a sus diecinueve años.

Esenciados hoy su trajín misionero, que lo lleva a recorrer el mundo en todas las direcciones, su gobierno religioso, su oración, sus escritos, su delicioso trato personal sin «acepción de personas», resulta su profecía un cuádruple anuncio gritado en todos los tonos y todos los modos y anticipado en miles de gestos de vida, convencido como está de que «nuestro mundo necesita gestos que sólo sean explicables desde la fe» (Montreal, 1978).

- **Profeta de un Dios comprometido** con cada ser humano que viene a este mundo. El Dios de los cristianos es un Dios por el hombre. Y Jesucristo es su compromiso total.

Hijo de ese Dios y seguidor de ese Cristo, Arrupe siente que el dolor del mundo -desde las llagas y la muerte de la bomba atómica, hasta la increencia causa-efecto de la injusticia, desde el hambre de grandes pueblos y el errar sin patria de los refugiados hasta el inmovilismo y la incoherencia de los cristianos-, le resuena dentro y le puede, movilizándolo todo, su voz, su ingenio, su persona.



*«Yo lo vi (al Señor) tan cerca de los que sufren, de los que lloran, de los que naufragan en esta vida de desamparo, que se incendió en mí el deseo ardiente de imitarle en esta voluntaria proximidad a los desechos del mundo, que la sociedad desprecia, porque ni siquiera sospecha que hay un alma vibrando bajo tanto dolor»*, afirma Arrupe describiendo autobiográficamente los comienzos de su vocación. (Este Japón increíble, 3ª edición, página 28).

- **Profeta de una Iglesia por el hombre**, cercana, escuchadora, misionera, servidora, que vibra como Jesús ante las multitudes «sin pastor» y hace el milagro de multiplicar sus mermados cinco panes multiplicándose, partiéndose, a sí mismo por cada ser humano. Todo lo contrario de una Iglesia distante, poderosa, sorda, monologante, a la defensiva...

Así entendió Arrupe, entusiasmado, la Iglesia del Vaticano II, y se sumó en cuerpo y alma a todos los que se ilusionaron por realizarla. Estaba convencido, como él mismo dice de Ignacio de Loyola, de *«que la fuerza de la Iglesia no viene ni de su poder político, ni de la grandeza de su historia, ni del prestigio de sus Jerarcas, sino del Espíritu Santo, que vivifica y rige a su Cuerpo Místico»*.

*La Iglesia aparece así purificada de todo elemento contingente. Es el Reino Mesianico, el Cuerpo Místico del Señor, el organismo vivificado por el Espíritu Santo, su fe y su confianza llegan a ser ilimitadas: confía, espera sólo en ese Espíritu, alma de la Iglesia, que mueve e inspira a sus Pastores»* (03-07-1970).



- **Profeta de una Vida Religiosa** que haga a la Iglesia el inmenso servicio de explorar los «extremos» del Evangelio, hasta donde la Iglesia debe amar, servir y morir en cada momento histórico, y las zonas de pobreza humana ante las que no se puede jugar a sacerdote o levita de la parábola.

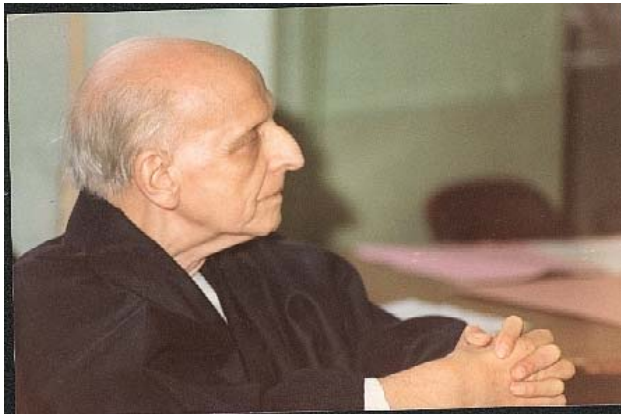
- **Profeta exigente de una Compañía de Jesús** a la que devolvió la utopía necesaria, planteó retos enormes, alumbró vetas riquísimas de su patrimonio espiritual, rompió barrotes y lanzó, como Ignacio de Loyola, al frente de la increencia y de la injusticia.

Hubo víctimas por generosidad o por debilidad, testigos gloriosos y soldados que retrocedieron, caídos por el nombre del Señor y caídos por flaqueza propia o por falta de apoyo hermano. Pero devolvió a todos la ilusión por la causa de Jesús y les enseñó a traducirla y a experimentar su novedad actualísima.

Profeta de una Compañía de Jesús a la que planteó como objetivo de su acción apostólica la formación de un tipo de hombre, como Jesús, para los demás: *«Subrayamos que la radical novedad del Evangelio consiste en programar este singular humanismo, este nuevo tipo de hombre nacido de la fe en Jesús, que es el hombre muerto a todo egoísmo y, por lo mismo, resucitado, renacido, libre para amar de verdad, libre para dar la vida, libre para entregarse y comprometerse enteramente por los demás. Hombre que, integrando en la profunda unidad de su persona fe y amor, amor a Dios y amor al prójimo, hace verdad visible en sí mismo la entera fecundidad social de nuestra fe en Jesús. Es, como Jesucristo, «un hombre para los demás»*. (Valencia, 01-08-1973).

Como a todos los profetas le desbordó el mensaje y le abrumó el pueblo. Muchas veces le hemos oído remitirse familiarmente a la oración de Moisés (Num 11, 11-30; Ex 33, 12-17). Como todos los profetas no siempre fue entendido. Se le tachó de visionario y de temporalista; de duro y de blando; de falta de realismo y de demasiado comprometido... Como en todos los profetas sus «exageraciones» fueron precisamente sus aciertos.

En nuestro mundo de la informatización, en el que todo está programado y calculado o es programable y calculable, queda poco espacio para la profecía. Pero nunca han sido más necesarios los profetas que, por encima de las programaciones, formulan las preguntas más desinstaladoras: -y esto, ¿para qué?, ¿para quién?, ¿porqué?... que a uno le suenan a traducción de otras del Evangelio: «¿qué le importa al hombre ganar... ? (Lc 9, 25).



No es la de Arrupe profecía de muerte, sino de vida; no de condena, sino de servicio; no de sola palabra, sino de gesto. Su profecía es antigua. Tan antigua como la primera experiencia que el hombre tuvo de; Dios verdadero. Y nueva. Tan nueva como Jesucristo de quien es profeta y en quien, en último término, se resume toda su palabra y su gesto proféticos.

Su profecía es limpia. Rezuma bondad y hace crecer la esperanza. Arrupe resulta, sin arrogárselo, como él imagina a Ignacio de

Loyola «un modelo y un inspirador de esperanza, de la verdadera esperanza que se basa sólo en Dios. Llegar a esa roca desnuda de la divinidad supone el esfuerzo y el trabajo de toda una vida» (31-07-1970). De su vida. Esa vida de la que el mismo Señor ahora ha pasado página.

Ha muerto un profeta. Pero vive entre nosotros, y nos hace vivir su profecía.

Ignacio Iglesias, SJ